

**Aunque camine  
por cañadas  
oscuras, nada  
temo, porque Tú  
vas conmigo.**

*-Sal 22-*



**Lunes V**  
**CUARESMA**





**AL PRÓJIMO  
NO HAY QUE  
LANZARLE MÁS  
PIEDRAS QUE  
LAS DEL PERDÓN Y  
LA MISERICORDIA.**





**Juan 8,1-11**

**Jesús les dijo:  
“El que esté sin  
pecado, que le  
tire la primera  
piedra.”**





En el episodio de la mujer adúltera, los interlocutores de Jesús quieren encerrarle a Él en su misma perspectiva de juicio y condena. Pero Jesús, que no vino al mundo para juzgar y condenar, sino para salvar, reacciona, primero, con su silencio. Luego, apela a la conciencia de los que se sentían “paladines de la justicia” llamándoles a su condición de pecadores, por la que no pueden reclamar para sí el derecho a la vida o a la muerte de los demás.





Al final, no en la posición del juez que mira desde arriba a los acusados, sino desde abajo, en la posición del sirviente, Jesús levanta la cabeza para derramar sobre la mujer, con la dulzura de su mirada, la ternura de Dios, que no condena nunca a nadie. Todos se marchan. Solo quedan Jesús y la mujer: “la mísera y la misericordia” (San Agustín), para sentenciar que no hay condena: “Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva”.





Jesús despide a la mujer con unas palabras “vete, y en adelante no peques más”, que le abren un nuevo camino creado por la misericordia, un camino que requiere su compromiso de no pecar más. Es una invitación válida para cada uno de nosotros: cuando Jesús nos perdona, nos abre siempre un nuevo camino para que avancemos. La más poderosa manifestación de la misericordia es el perdón.





Esta escena también nos invita a nosotros a ser conscientes de que somos pecadores y a dejar caer de nuestras manos las piedras que a veces nos gustaría lanzar contra otros: las piedras de la maledicencia, la condena y los chismes, haciéndonos tan hipócritas como aquellos otros. La caridad comienza por la mirada: lo que salva es la mirada. Sólo si conseguimos una mirada purificada, las piedras comenzarán a caer de nuestras manos.



La mirada de Jesús  
es un río  
de misericordia  
que purifica,  
sana y salva...



y a nadie condena.